

CAPÍTULO 9

LA ESTRUCTURA COGNITIVA DEL NACIONALISMO: METÁFORAS DE LA IDENTIDAD COLECTIVA

Un punto central en el entramado conceptual del nacionalismo vasco –en realidad de todos los nacionalismos- es la cuestión de la identidad. Identidad que, en este caso, no sólo es una identidad concebida en términos étnicos, sino también, y de forma muy importante, en términos territoriales. Aunque no presente de forma inmediata en el actual proceso negociador con el movimiento terrorista ETA, se trata de una cuestión que subyace no sólo a la negociación con ese movimiento, sino con el conjunto de los partidos nacionalistas en el País Vasco. Y ello es así porque el entramado conceptual que alimenta la ideología nacionalista es básicamente idéntico: en ella se da una vinculación identificatoria con una historia (inventada o reconstruida), una cultura (definida a través de estereotipos internos) y una lengua y un territorio (concebidos en términos de integridad). Todas esas múltiples vías de identificación se plasman en formulaciones lingüísticas que expresan un mismo sistema cognitivo subyacente.

Con el instrumental teórico proporcionado por la teoría contemporánea de la metáfora, es posible analizar esas formulaciones lingüísticas para desvelar ese sistema cognitivo. En particular, el análisis se puede centrar en dos cuestiones fundamentales: 1) el sistema metafórico que nutre la identificación nacionalista con un territorio y su (posible) origen o anclaje experiencial, en el sentido avanzado por G. Lakoff y M. Johnson (1982); 2) la forma en que tal sistema cognitivo contribuye a la definición de una concepción nacionalista, violenta y no violenta, en el proceso de paz con los poderes políticos centrales en España. En este caso, desarrollaremos nuestro análisis en torno a la primera cuestión, dejando la segunda para mejor ocasión¹

¹ Abordar la segunda cuestión requeriría un *análisis textual* de las exposiciones paradigmáticas del pensamiento nacionalista en la actualidad, tanto moderado como radical, cosa que queda fuera de nuestro alcance.

La resolución de la primera cuestión contribuiría a proporcionar una mejor comprensión del enigma de la ideología nacionalista (violenta o no violenta). Para las concepciones racionalistas, tal enigma se puede enunciar rápidamente como sigue: ¿cómo es posible que seres racionales determinen su identidad a través de la identificación simbólica y emocional con un territorio (historia, cultura, lengua...)? ¿Cómo es posible que esa identificación sea inmune a la argumentación racional?

En cuanto a la segunda, es evidente que sólo la comprensión de la posición nacionalista (con todos los componentes estratégicos y retóricos que contribuyen a conformarla) puede constituir una base sólida para una confrontación argumentativa racional, una confrontación que, en el terreno de lo estrictamente político, está llamada a sustituir, esperémoslo, a confrontaciones más sangrientas.

9.1. Nacionalismo y patología

No es extraño encontrar posiciones teóricas de acuerdo con las cuales el nacionalismo resulta una especie de patología. Una de estas posiciones es la que ha sugerido J. Juaristi en su archiconocido ensayo *El bucle melancólico*. Allí, relaciona la concepción nacionalista con la noción de melancolía y con el análisis freudiano de esta noción:

“La idea de melancolía a la que me refiero, por el contrario, está estrechamente vinculada a la cultura: se transmite y se contagia a través del discurso, con independencia de que los individuos que la contraen en sus variedades más graves muestren con frecuencia una disposición idiosincrática a otras formas particulares de abatimiento depresivo”²

La idea de Juaristi es que el nacionalismo es una forma de dolencia similar a la que, en el nivel de lo individual, ha analizado el psicoanálisis. En términos más modernos, diríamos que se trata de una proyección de una dolencia individual en una colectiva: esa proyección, metafórica al fin y al cabo, puesto que se basa en la concepción de lo colectivo (la sociedad, la nación, la patria...)

² J. Juaristi, 1997, 31.

en términos de lo individual, se hace patente a través de las expresiones lingüísticas, se concreta en formas discursivas y se reproduce mediante la asimilación cultural de esas formas.

Pero, ¿qué pérdida individual es la que metaforiza el nacionalismo? De acuerdo con J. Juaristi³, es una pérdida que se hace presente particularmente en la adolescencia; es, ni más ni menos, que la pérdida de la infancia, de una época feliz, idílica, pero de una felicidad imaginada o reconstruida. Esa melancolía, corporalmente experimentada, fue la descrita por Unamuno en términos sumamente materiales: “Porque ahora comprendo que aquel luto que llevaba en mi corazón juvenil por las aflicciones y desgracias de mi madre Euskalherria estaba muy íntimamente relacionado con la estrechez y angustia de mi pecho de entonces, y con el escaso aguante que tenía para la fatiga física. Así que ensanché mi pecho y retemplé mis músculos y mis nervios...”⁴.

La concepción que añora la integridad o la autenticidad de la patria es en realidad la transposición simbólica de un estado corporal, de una forma de percibir y experimentar el propio cuerpo. A la pérdida del sentido de la plenitud corporal infantil le corresponde el sentimiento de decaimiento de una sociedad y de una cultura y, por tanto, de la añoranza melancólica de un estado puro, originario, una especie de paraíso. En el caso de Unamuno, esta transposición desembocó en su concepto de intrahistoria y en la elaboración de un sujeto para esa intrahistoria, un pueblo no contaminado por los superficiales avatares políticos, permanente, siempre idéntico a sí mismo, eterno. Pero esa es una de las múltiples salidas al malestar físico del adolescente, al descontento o al desconocimiento del propio cuerpo. ¿Qué tiene todo ello que ver con el nacionalismo? Según J. Juaristi, se puede rastrear ese mismo tipo de afección en el fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana Goiri, en su peculiar temperamento y biografía. Pero, desde nuestro punto de vista, es más importante captar la generalidad del proceso, que va más allá de las peripecias biográficas de los creadores de la ideología nacionalista vasca.

³ J. Juaristi, op. cit., 68 passim.

⁴ M. de Unamuno, “Rousseau en Iturigorri”, OC, VIII, 249, citado por J. Juaristi, op. cit., 74. El nacionalismo no es una ideología, o un sentimiento, que se supere viajando, como decía P. Baroja: es preciso hacer un poco de ejercicio.

Lo que resulta relevante, cuando se quiere captar la raíz o el fundamento de estas construcciones ideológicas, es el mecanismo de producción de un concepto, como el de nación, y de un conjunto de relaciones cognitivas o afectivas entre ese concepto y los individuos para los cuales tiene vida, esto es, dirige u orienta su conducta en diferentes ámbitos, ya sean emocionales, comunicativos, sociales o políticos.

Ahora bien, disponemos en la actualidad de un marco teórico más afinado, en mi opinión, de lo que puede ser la teoría psicoanalítica para comprender los mecanismos cognitivos subyacentes a la ideología nacionalista. Se trata de la lingüística cognitiva y, más concretamente, de la teoría contemporánea de la metáfora (G. Lakoff y M. Johnson, 1982, 1998; G. Lakoff, 1987, 1993). Como se sabe, la posición epistemológica de la teoría cognitivista – al menos en la versión de Lakoff y Johnson- mantiene que, en general, los conceptos abstractos son construidos por una serie de mecanismos cognitivos a partir de conceptos experienciales, esto es, ligados primordialmente con la experiencia del propio cuerpo y de sus acciones. Los mecanismos de construcción son varios (esquemas imaginísticos, fusión conceptual, razonamiento figurado...), pero, entre ellos, Lakoff y Johnson asignan una papel esencial a la metáfora. La metáfora, en esta concepción, constituye el mecanismo principal de acceso epistémico a realidades abstractas. Mediante las proyecciones metafóricas entendemos y conceptualizamos realidades que no son directamente experimentables, ajenas a los sentidos. Lakoff y Johnson han dedicado un buen número de análisis a la descripción de la constitución metafórica de conceptos abstractos, incluyendo el propio concepto de argumentación (Lakoff y Johnson, 1982; E. Bustos, 1999). En su última obra (Lakoff y Johnson, 1999), los conceptos analizados son conceptos filosóficamente relevantes y pertinentes para el asunto que nos ocupa, la estructura cognitiva de la ideología nacionalista.

9.2. Cuerpo y nación

Un elemento esencial de cualquier ideología nacionalista es el de la identidad. Para el nacionalista, la nación es la que proporciona una identidad a los individuos; los individuos pertenecen a esa identidad. Y pertenecer a una determinada nación no sólo identifica sino que también, y por eso mismo, distingue, permite conceptualizar a los demás como los otros, los que no solamente no son idénticos a ti, sino que también constituyen una amenaza potencial para la identidad propia.

Ahora bien, ¿cómo se constituye esa identidad? ¿cuál es su naturaleza? Algunos analistas del nacionalismo⁵ han puesto en duda que exista algo así como un estado psicológico, caracterizable como `identidad`. Consecuentemente, han propuesto descomponer ese aparente concepto de identidad en diversos componentes: "Una identidad no es una cosa: es una abreviada descripción para formas de hablar sobre el yo y la comunidad. Las formas de hablar, o los discursos ideológicos, no se desarrollan en vacíos sociales, sino que se encuentran relacionados con formas de vida. A este respecto, la `identidad`, si es que hay que comprenderla como una forma de hablar, hay que comprenderla también como una forma de vida"⁶. Esta aseveración, de aroma wittgensteiniano, puede ser vuelta del revés; las formas de vida, y sus correspondientes formas de hablar, no se desarrollan en un vacío psicológico. Requieren la construcción de conceptos, o de configuraciones cognitivas más complejas, que no surgen del vacío, sino de las formas en que los individuos experimentan una realidad, la categorizan y la incorporan –nunca mejor dicho- en sus creencias, incluso en la forma de teoría. Como ha escrito M. Billig, "no hay nacionalismo sin teoría. El nacionalismo entraña supuestos sobre lo que es una nación: como tal es una teoría sobre la comunidad, una teoría sobre la división `natural` del mundo en comunidades de esa clase. No es necesario que la teoría sea experimentada como tal. Los intelectuales han escrito montones de volúmenes sobre la `nación`. Con el triunfo del

⁵ Por ejemplo, M. Billig, 1995, pag. 60 passim.

⁶ M. Billig, op. cit., 60.

nacionalismo, y el establecimiento de naciones en todo el globo, las teorías del nacionalismo se han transformado en puro sentido común”⁷.

Aunque es cierto es cierto que el surgimiento de tal teoría, de tal forma de concebir el vínculo entre el individuo y la sociedad, no es universal ni mucho menos ahistórica – como han probado J. Juaristi (1989, 1997) y J. Aranzadi (1994) respecto al nacionalismo vasco, no es menos cierto que tal teoría ha sido –y es- incorporada al sentido común con enorme facilidad. La difusión del nacionalismo como ideología popular requiere una explicación que vaya más allá, o más al fondo, de lo histórico-político. Una explicación de por qué tal concepción –y las formas de habla o los juegos de lenguaje que lleva incorporados- han impregnado tan fácilmente la comunicación, hasta el punto de asimilarse al sentido común.

Una explicación cognitiva, en términos de la teoría contemporánea de la metáfora y de la teoría corpórea de la mente, tiene que partir de dos supuestos, generales a las explicaciones de la constitución de los conceptos:

- la `teoría´ ha de ser experimentada, `sentida´. Esto es, hay que reconocer que la causa de la extrema difusión de la concepción nacionalista es el hecho de que está íntimamente unida a la forma en que se sienten las relaciones entre el individuo y la nación. Dicho de otro modo, tales relaciones no son simplemente una nueva articulación conceptual o lógico-inferencial, una estructura abstracta en que vaciar la estructura experiencial.

Quizás la insuficiencia de las teorías `racionalistas´ sobre el nacionalismo tenga su origen en este punto: en entender que tal `teoría´ no consiste en una estructura conceptual abstracta, desligada de las estructuras cognitivas emocionales que rigen efectivamente la conducta de los individuos. Dicho de otro modo, más radical, la incapacidad del racionalismo para `entender´ el nacionalismo tiene más que ver con una concepción incompleta de lo que la mente humana es que con el simple carácter `irracional´ del nacionalismo.

⁷ M. Billig, op. cit., 63.

- Los conceptos no son elaboraciones cognitivas espontáneas, por así decirlo. No surgen de la nada. Se asientan en conceptos y experiencias ya elaboradas, que a veces pertenecen a un nivel preconceptual y que están vinculadas en muchas ocasiones a esquemas imaginísticos y senso-motores. En última instancia, a través de diversos mecanismos, una elaboración cognitiva `abstracta´ se encuentra vinculada al ámbito de la experiencia y corporeizada, esto es, asociada al despliegue de emociones y otros mecanismos moduladores del procesamiento de información (P. Ekman y R. Davidson, eds., 1994).

Partiendo de estos supuestos, ¿cuál es la hipótesis obvia para entender los fundamentos cognitivos del nacionalismo y su despliegue discursivo? Evidentemente, es preciso volver sobre el concepto de identidad, pero en su dimensión individual. Parece sensato considerar que el concepto de identidad nacional —y puede que de cualquier concepto de identidad colectiva— esté causalmente relacionado con el de identidad individual. En cualquier caso, se trata de una hipótesis empírica, que es preciso contrastar, fundamentalmente por dos caminos:

- examinando la estructura interna del concepto de identidad individual, por si ese concepto puede desempeñar la función de dominio fuente (source domain) del concepto de identidad nacional

- examinando las diferentes formas discursivas (textuales) en que dicha constitución se ha podido encarnar, esto es, encontrando si existen datos que corroboren ese tipo de proyección. Datos que han de proceder tanto de textos estereotípicos o representativos del nacionalismo (vasco) — textos de los `ideólogos´ del nacionalismo — como datos que muestren su incorporación al habla cotidiana, indicio de su conversión en sentido común (folk theory).

El concepto de identidad individual, y conceptos relacionados como el de vida interior, han sido analizados, en la teoría contemporánea de la metáfora (Lakoff y Johnson, 1999), a través de su relación con las nociones de sujeto y yo. Realmente, el yo es la ubicación de la identidad, pero esa identidad sólo se puede entender en relación con la noción de sujeto. De acuerdo con lo que

postulan Lakoff y Johnson (1999) existe una metáfora general que atañe a la relación entre el yo y el sujeto. En esa relación metafórica, el sujeto es parte del dominio diana (target domain), esto es, de los conceptos que se estructuran en términos metafóricos. La proyección metafórica general es la siguiente:

Esquema general

el Sujeto tiene yo (uno o varios)

una persona	>	el sujeto
una persona o cosa	>	un yo
una relación (de pertenencia o inclusión)	>	la relación sujeto-yo

Dentro de este marco general, existen diversas submetáforas que contribuyen a dar estructura a los conceptos de sujeto y de yo. Entre ellas, es preciso destacar, por su pertinencia para el asunto que nos ocupa las siguientes:

el autocontrol es control de un objeto

una persona	>	el sujeto
un objeto físico	>	el yo
relación de control	>	el control del yo por el sujeto
ausencia de control	>	descontrol psicológico

Lo importante de esta metáfora es que se encuentra ligada a la experiencia física de manipulación de objetos. Según Lakoff y Johnson (1999, 270), ésta es

una de las cinco metáforas fundamentales de la `vida interior´. La experiencia del control es fundamentalmente una experiencia del dominio del propio cuerpo, esto es, no sólo supone la conciencia del cuerpo (la percepción de sus límites o contornos, de su peso, de las formas en que reacciona al entorno...), sino también de la relación del cuerpo con otros objetos.

Otras metáforas importantes hacen referencia a la orientación en el espacio y a las experiencias ligadas a la sucesión temporal y, por tanto, a la heterogeneidad de las identidades. Estas son las metáforas

I. el autocontrol como ubicación en un lugar

una persona	>	un sujeto
un lugar normal	>	el yo
estar en un lugar normal	>	estar bajo control
no estar en un lugar normal	>	no tener control

II. el yo múltiple

una persona	>	un sujeto
otras personas	>	otros sujetos
los roles sociales	>	los valores adscritos a los roles
estar en el mismo sitio	>	tener los mismos valores
estar en un sitio diferente	>	tener diferentes valores

La primera metáfora tiene que ver no sólo con el control del propio cuerpo, o del yo, sino con su relación experiencial con un entorno. Desde el punto de vista experiencial existen entornos `normales´, a los que se encuentra habituado el yo, por costumbre, familiaridad o aprendizaje, y entornos extraños o ajenos, en los que el yo se encuentra inseguro, amenazado o proclive a

perder el control. En ese sentido, se suele constituir una teoría del sentido común acerca de la naturalidad de las ubicaciones del yo: existen ciertos entornos `naturales´ para el individuo, que son fundamentalmente aquellos en que se ha desarrollado y ha alcanzado su ajuste respecto a las presiones ambientales. En cambio, existen otros entornos en que el yo está fuera de sitio o, sencillamente, fuera de sí, en que no sólo experimenta una sensación de extrañeza, sino también la posibilidad de perder el control en su relación con el entorno.

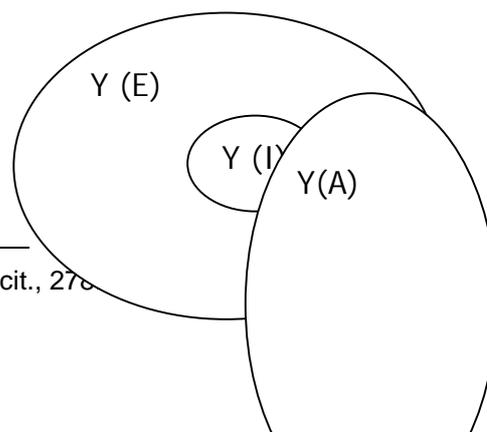
Por lo que respecta a la metáfora del yo múltiple, supone una interiorización de la vida social a través de la metáfora del yo social ⁸. En su conceptualización de las relaciones entre el yo y el sujeto, el individuo proyecta las relaciones sociales entre individuos, esto es, concibe relaciones valorativas entre el yo y el sujeto como si fueran relaciones sociales entre individuos; por ejemplo, puede pensar que se dan relaciones de amistad o enemistad entre el yo y el sujeto (me estoy ayudando a mí mismo, me estoy sacando de esta situación...). Cada una de esas relaciones valorativas es proyectada, en la metáfora del yo múltiple, en una identidad, de tal modo que la identidad de valores equivale a una identidad espacial, estar en el mismo lugar; dicho de otro modo, el espacio social se proyecta en el espacio valorativo o espiritual.

Finalmente, una metáfora que resulta particularmente importante es la del yo esencial

Y (E)xterno

Y (I)nterno

Y (A)uténtico



⁸ G. Lakoff y M. Johnson, op. cit., 276

el yo interno está dentro del yo externo o aparente
el yo real externo, el yo aparente, en oposición al yo oculto, que está dentro y
que, en ocasiones, pugna por salir
el yo auténtico, el yo imaginado, o imagen normativa del yo, el yo que
queríamos ser

De acuerdo con esta metáfora, existe una jerarquía de identidades, con la estructura de un contenedor (M. Reddy, 1979). En primer lugar, de acuerdo con la teoría del sentido común de las esencias, cada individuo tiene una esencia, que es la que sostiene su identidad y la que, en principio, debe determinar la conducta del sujeto. Pero existen ocasiones en que el sujeto no se comporta de acuerdo con esa esencia: advierte incompatibilidades o relaciones de inconsistencia entre lo que hace y su esencia, tal como él la concibe. ¿Cómo maneja esa disonancia?: a través del juego de los yóes. Existe un yo auténtico que coincide o es compatible con la esencia imaginada. Se trata de un yo a veces oculto, que en ocasiones es preciso buscar y encontrar. Frente a ese yo interno se encuentra un yo real externo, que no es por completo el auténtico yo, sino el yo que se muestra en la conducta del individuo, en su ser social y que puede ser contradictorio con la propia esencia.

Existen diversas metáforas adicionales que permiten una estructuración múltiple de la experiencia psicológica del sujeto acerca de su propia identidad. Hemos señalado éstas porque nos parece que son las metáforas más relevantes para la comprensión de la construcción de los conceptos de nación y de identidad nacional, conceptos que son el núcleo de las ideologías nacionalistas en general y de la vasca en particular. Veamos ahora cómo se despliega esa

construcción y los efectos que tiene. La idea general es que las metáforas que dan estructura al concepto de identidad individual o psicológica son también las que se encuentran en la base de la construcción del concepto de identidad nacional. Dicho de otro modo, el nacionalismo aprovecha los recursos cognitivos utilizados en la construcción de la identidad individual para proporcionar forma a una supuesta identidad nacional, para dotar de sentido al propio concepto de nación. Con ello se consiguen dos objetivos (efectos) estrechamente relacionados entre sí: 1) se hace comprensible un concepto abstracto en términos de uno más concreto, aunque, como hemos visto, éste se encuentra también metafóricamente estructurado, y 2) se impregna de corporeidad (embodiment) dicho concepto, al ligarlo, a través de la identidad psicológica, a la experiencia del propio cuerpo y de sus relaciones con el entorno. Este segundo efecto es extremadamente importante, porque sin su concurso es prácticamente imposible entender las dimensiones emocionales del nacionalismo.

El núcleo de la constitución metafórica de la identidad nacional es una proyección de la metáfora esencial o general de la identidad individual, que consiste en lo siguiente

sujeto	>	pueblo o etnia
yo	>	nación
relación sujeto - yo	>	relación pueblo - nación

De acuerdo con esta metáfora, del mismo modo que el sujeto tiene una identidad asegurada por un yo, el pueblo o comunidad étnica tiene, o ha de tener, una nación, que es la sede de la personalidad del pueblo, de sus características distintivas respecto a otros pueblos o etnias. La relación es concebida característicamente en términos de pertenencia: del mismo modo que el sujeto tiene un yo, la nación pertenece a un pueblo. Y se trata de una pertenencia que no es simplemente lógica o formal, sino semántica. La nación ha de reunir, en su `esencia´, en su `personalidad´, el conjunto de

estereotipos a través de los cuales se autoperciben los pertenecientes a la colectividad (tribu, etnia, pueblo...). En ocasiones, esa esencia es fruto de la posesión de una lengua específica, como en el caso del País Vasco. La lengua, entonces, puede ser concebida, metonímicamente, como la expresión de esa identidad⁹. No es extraño encontrar hoy en día afirmaciones que, haciéndose eco del relativismo whorfiano más crudo, hacen residir en la lengua una forma específica, nacional, de ver el mundo¹⁰. Es más, se propugna que esa forma prototípica de ver la realidad que es la lengua se haga presente, impregne todo el ámbito de la actuación, en un acto extendido de afirmación de la identidad¹¹. Pero, volviendo a la remetaforización que da origen a la identidad nacional, veamos cómo se transfieren las relaciones de pertenencia y de control:

La relación de control

sujeto	>	pueblo o etnia
yo	>	nación
relación de control o dominio	>	el pueblo o la etnia posee una nación
descontrol	>	el pueblo no posee una nación

El control como posesión de un objeto

⁹ Pero véase J. Juaristi (1997) para un análisis de los avatares de la lengua vasca como criterio de identidad dentro del movimiento nacionalista vasco.

¹⁰ "la función primera del lenguaje es la de analizar la realidad y así una lengua dispondrá de cinco palabras para analizar los colores y otra lengua usará quince palabras. Cada lengua supone una manera de analizar la realidad y para ello hará surgir los símbolos que crea oportuno", J. A. Artamendi, "Identidad Nacional Vasca", en J. Apalategui y X. Palacios, eds., *Conciencia y espacialidad*, 1994, Vitoria: Instituto de Nacionalismos Comparados, 149.

¹¹ "Necesitamos en consecuencia una manera de simbolizar vasca, para que nos permita ser vascos y así poder enfrentarnos a la realidad a la manera vasca y hacer ser a la realidad a la manera vasca", J. A. Artamendi, op. cit., 151. Cfr. también "Que todo cuanto vean nuestros ojos, oigan nuestros oídos, hable nuestra boca, escriban nuestras manos, piensen nuestras inteligencias y sientan nuestros corazones sea vascongado" (S. Arana Goiri, Preludio a "teatro Nacional", *Bizkaitarra*)

sujeto	>	pueblo o etnia
yo	>	nación
control del yo	>	soberanía
pérdida del control	>	carencia de soberanía

Como es obvio, en estas metáforas se conceptualiza la relación particular entre el pueblo y su nación. Del mismo modo que el sujeto ha de poseer un yo, y ha de mantenerlo bajo control para asegurar su identidad, el pueblo ha de tener control sobre la nación, esto es, ha de ejercer su soberanía. La carencia de soberanía es experimentada entonces, psíquicamente, como ausencia de control del yo. Desde este punto de vista es indiferente que tal ausencia de control se conciba como una pérdida, incluso como una pérdida de un objeto inexistente. De hecho, la ausencia de control supone la posibilidad de ejercerlo o de que, en algún momento –imaginado, narrado – se ejerció. Pero el punto importante es que esa carencia de soberanía se experimente, ahora, como ausencia de control sobre el yo.

Particularmente importante, como se puede sospechar, es la proyección de la metáfora del yo espacializado:

El control como ubicación en un lugar

sujeto	>	pueblo
yo	>	nación
estar en un lugar normal	>	estar (poseer) un territorio soberano

Esta metáfora subyace, y hace comprensible, no sólo las aspiraciones de territorialidad de las ideologías nacionalistas, sino que también permite captar el sentido de la ideología de la tierra propia, de la tierra ancestral. Del mismo modo que el yo experimenta la enajenación, el extrañamiento cuando se

percibe en una ubicación ajena, fuera de su lugar natural, así el nacionalista sólo puede concebir su nación ligada a un determinado lugar, una tierra, en la que su identidad no encuentra trabas¹². Carente de ubicación natural, el nacionalista vagará por el extranjero, en una permanente búsqueda o recuperación de ese lugar. Quizás el mito bíblico del Paraíso no sea sino una transposición simbólica de esa experiencia psíquica y cognitiva de ubicación del yo...Pero, siendo general ese tipo de proyección metafórica, lo importante que es preciso subrayar, en el caso de la ideología nacionalista, es que la pretendida ubicación natural del pueblo o de la etnia, es un territorio que ha de coincidir, en sus límites, en sus contornos o fronteras, con el de la nación, esto es, con los del yo. Muchas ideologías nacionalistas, incluyendo la vasca, no se pueden entender si no se capta esa identificación entre nación y territorio, entre yo y lugar natural del yo.

La metáfora cognitiva del yo múltiple permite aclarar otro aspecto de la forma nacionalista de entender la identidad colectiva:

El yo múltiple

sujeto	>	pueblo
otros sujetos	>	otros pueblos
valores de roles o estereotipos sociales	>	valores o características étnicas

¹² No sucede así en la ideología sabiniana, para la cual la ubicación natural de la nación es un lugar *espiritual*: "Si crees que la patria es el suelo que pisas, no sabes lo que es la patria. Pero si sabes que la patria es la gran familia o sociedad en que vives ten por cierto que debes amar a tu patria antes que a las demás sociedades.

La integridad de la patria bizkaina no consiste en la integridad de su territorio, sino en la integridad de su lema *Jaungoikoa eta Lagizarra (Dios y la ley vieja)*. S. Arana Goiri, "Areitz Orbelak", *Bizkaitarra*, 28, 16/06/1895, O.C. 614-615. La ideología sabiniana se resuelve en una teologización de la política nacionalista, como ha puesto de relieve A. Elorza, 1995.

tener los mismos valores > pertenecer al mismo pueblo

La significación general de la metáfora es una etnización de los valores y las relaciones sociales, una proyección del microcosmos social en el macrocosmos de las relaciones entre colectividades étnicas. En particular, la identidad social, alcanzada a través de la identidad de valores asignados a un estereotipo social, se proyecta en una identidad étnica. Los individuos se reconocen como idénticos y diferentes respecto a los demás en términos de estereotipos nacionales. Así, en la ideología nacionalista adquiere predominio el orden étnico sobre el orden social. Evidentemente, esto crea múltiples contradicciones en la vida social, respecto a la tradicional división ideológica entre partidos conservadores y progresistas. Pero creemos que es particularmente claro en el nacionalismo vasco ese predominio de los valores étnicos sobre los valores sociales¹³. De ahí que exista un fundamento para la unidad, en la orientación estratégica, entre los nacionalistas moderados del PNV y los radicales de HB y ETA: en ambos movimientos se da ese mismo orden de valores que ordena su concepción de la vida social. Lo esencial es la identidad étnica, que constituye la precondición de cualquier relación social interna a la colectividad nacionalista. El presunto carácter progresista de HB o revolucionario de ETA ocupa un segundo plano, cuando no queda completamente anulado, por la cuestión de la etnicidad.

Todo esto tiene que ver, finalmente, con la forma en que se conceptualizan las relaciones entre el pueblo y la nación en su dimensión diacrónica, histórica.

¹³ "Si realmente aspira [el obrero vasco] a destruir la tiranía burguesa y a reconquistar sus derechos de hombres y de ciudadano. que hoy se le niegan o, cuando menos, se le merman notablemente, ¿Dónde mejor que en realización del nacionalismo. que es la doctrina de sus antepasados, la doctrina de su sangre, podrá conseguirlo. Y si aun del partido nacionalista se recela, y se teme que en su seno haya diferencias entre burgueses y proletarios, entre capitalistas y obreros, ¿por qué los obreros euskerianos no se asocian entre sí separándose completamente de los maketos y excluyéndolos en absoluto, para combatir contra esa despótica opresión burguesa de que tan justamente se quejan? ¿No comprenden tal vez que, si odiosa es la dominación burguesa, es más odiosa aún la dominación maketa?, S. Arana Goiri, "Las pasadas elecciones", *Baseritarra*, 5, 30/05/1897, O.C. 1288-1291.

N(H)=Nación histórica

N(V)=Nación virtual

N(E)=Nación esencial

El sentido de la acción política nacionalista será pues el de hacer coincidir la nación interna, desprendiéndose o neutralizando, en la medida de lo posible, los elementos que desvirtúan esa nación interna, con la nación esencial. La comunidad imaginada, que constituye el ideal regulativo del nacionalista, habrá de consistir, en un término ideal, en una coincidencia perfecta entre nación interna, la propia de la colectividad nacionalista¹⁵, y nación esencial, ese fruto literario de la poética política. En la actualidad, las exhortaciones políticas a hacer o construir Euskadi son comunes tanto a la izquierda como a la derecha nacionalista. Esa tensión entre la nación histórica, real e imperfecta y la nación

¹⁵ “Es necesario que sepan los bizcainos anticatólicos (pocos, por fortuna) que para ser patriota es indispensable aceptar en todas sus partes el lema tradicional *Jaungoikua eta Lagizarra*; que no hay nada en la política bizcaina que se parezca a los ateos principios del racionalismo y naturalismo. Es necesario que se convengan los bizcainos españolistas todos que las políticas españolistas son exóticas en Bizkaya: que no hay más que una política bizcaina, que es la nacionalista, contenida en su historia y sus leyes; que Bizkaya es en la historia una nación aparte, y tiene por consiguiente su doctrina política propia peculiar...”. S. Arana Goiri, “Efemérides infaustas”, *Bizkaitarra*, 12, 21/07/1894, O.C. 314-321.

imaginada es la que da sentido a la acción política nacionalista en el País Vasco y, por ende, a su `posición´ negociadora con el Estado español.